

EDITA: ENTIDAD PÚBLICA EMPRESARIAL PARA LA INFORMACIÓN DE TERUEL

Presidente: ANTONIO ARRUFAT GASCÓN

Director: JUAN JOSÉ FRANCISCO VALERO

Avda. Sagunto, 27 - 44002 TERUEL

Redacción: Teléfono: 978 617 086 Fax: 978 600 682

Admón/Publicidad: Teléfono: 978 617 087 Fax: 978 604 702

Avda. de Aragón, 5-3°C - 44600 ALCANIZ

Teléfono: 978 870 386 Fax: 978 832 515

Depósito Legal, TE-2-1961

REDACTORA JEFE: ALICIA ROYO MARCO

JEFA SECCIÓN LOCAL TERUEL: Eva Ron Ron

REDACCIÓN: Joaquín Ferrer, Mariano J. Esteban,

Francisco J. Millán, Pedro Pérez, Isabel Muñoz,

M^a. Cruz Aguilar, Miguel Á. Artigas, Pilar Fuertes

JEFE ADMINISTRACIÓN Y PERSONAL:

RICARDO AZNAR BAREA

COORDINADORA PUBLICIDAD: ISABEL RAMÍREZ

COMERCIAL: Fernando Martínez

ADMINISTRACIÓN: M^a. Jesús Muñoz

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES: Pablo García

y Javier Civera

SECRETARÍA: Pilar Muñoz

FOTOGRAFÍA: Ismael Ramón

DELEGADA ALCANIZ / BAJO ARAGÓN:

MARIBEL SANCHO TIMONEDA

REDACCIÓN BAJO ARAGÓN:

Marcos Navarro

PUBLICIDAD BAJO ARAGÓN: Marta Astudillo

JEFE AUTOEDICIÓN:

JUAN MANUEL ESCUÍN

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Raúl Martín, Begoña Plumed y

Emilio Belenguer

EDICIÓN DIGITAL: Fernando Olmo y José Luis Górriz

JEFE IMPRESIÓN: MIGUEL SÁNCHEZ

IMPRESIÓN: Carlos Zayas, Manuel Lázaro,

Basilio Cosa y Fernando Marqués

TRIBUNA ABIERTA: EL PARQUE CULTURAL DEL CHOPO CABECERO EN EL ALTO ALFAMBRA

Imaginemos lo que debía de significar hace unas décadas el paseo de un hombre de campo por los sotos de Aguilar del Alfambra. Cada año, en la época de la escamonda, echaría un vistazo a los chopos cabeceros, que de algún modo habrían de llevar escrito el sosegado discurrir de su existencia. También él, cuando se casó, cortó las ramas gruesas del chopo para construirse un techo, y el día que le nació el primer hijo dejó crecer tres ramones para que, quince o veinte años después, el vástago pudiera talar las vigas de su propia casa.

El hombre vería en estos fustes jóvenes, tiesos, tersos y robustos, un próspero futuro sustentado en un tronco cada vez más ancho y cada vez más viejo. En realidad no vería un árbol joven o viejo, sino un tronco todavía en desarrollo con ramas a punto de terminar su ciclo, o un tocón añoso del que brota una primera pelambrea fresca con que dar de comer al ganado. Lo vería crecer cuando los ramones adquiriesen consistencia y sirviesen para leña, o soñaría con los metros que faltaban a las vigas para cumplir un rito de fecundidad.

Porque esa es la gran virtud estética del chopo cabecero. Como árbol culto, creado por hombres del campo, su presencia es siempre una hermosa dialéctica entre dos maneras de medir el tiempo.

El tronco se hace centenario con más facilidad que los árboles no intervenidos, pero las ramas, para que el árbol siga vivo, deben cortarse todavía jóvenes, en su más lozana plenitud, antes de que su excesivo peso quebrante la estructura del árbol entero. Sólo con el incesante sacrificio de las ramas puede pervivir el tronco bulboso y arrugado. El dolmen venerable reclama el sacrificio de los mozos.

Pero los plazos de las distintas fases de la escamonda garantizan a su vez imágenes legibles como las

ANTONIO CASTELLOTE *

Troncos viejos, ramas nuevas

líneas del tronco en el centro de las cicatrices, como la curvatura de la corteza que se repliega y trata de cubrir la herida. Algunos chopos ya ramoneados presentan imagen de

arbusto gigantesco, haz de gruesas falces erizadas. Otros, a los que también les han sacado ya la leña, dejan tres ramas como velas, el tronco patriarcal y retorcido que sostiene a sus tres hijos casaderos.

Sólo cuando se marchasen sus hijos del pueblo, aquel caminante de los años sesenta vería cómo el chopo cabecero envejecía entero por igual, y cómo ese regreso a su ser natural precipitaba su muerte.

Cuarenta años después, un paseo por las dehesas de chopos cabeceros —de aquellos que la confederación hidrográfica deja para uso de particulares o que los particulares dejan en manos de la confederación— no es una imagen viva de la especie sino un monumento avasallado por las zarzas. Es imposible ver en qué ciclo vital se encuentra el árbol, en qué parte de la vida de quienes lo cuidan.

Los hijos se hicieron viejos sin salir de casa, todo se llenó de broza, nadie recogió la leña. Con el cierzo del invierno se escuchan crujir las entrañas carcomidas. En verano, entre el fragor de las hojas, los aires de tormenta los desgarran, mientras en el pueblo se hunde el techo de un antiguo palomar.

No veremos el espectáculo de las choperas de trasmochos mientras no estén todos vivos, en alguno de los muchos turnos de poda por los que pasan mientras nosotros todavía somos jóvenes o ya tenemos más de tronco que de rama.

Ahora vemos, sobre todo, frondosas carcacas huecas, fantasmas impresionantes. Pero allá donde la escamonda es general (no simultánea), reaparecen unas proporciones incluso más humanas, el bosque es variado como variada es la gente y las verduras, y destaca entonces su condición rural, su aspecto de huerto con solera, de parra umbrosa, de árbol cultivado.

No es casual, como recordaba hace poco Chabier de Jaime, que en Europa crezca el movimiento conservacionista de los trasmochos. En una época de búsqueda casi frenética de rasgos identitarios, cuando conviven los cultivos globalizados y las tradiciones de última hora, cunde la idea de que el paisaje es esencial como las piedras de un palacio, los árboles como los peirones, los bosques como las iglesias.

Ninguna mansión está viva si su jardín no está cuidado. La identidad es un pacto de permanencia, la garantía de que distintas generaciones han de ver pasar un mismo río.

Nuevos chopos cabecero deberían agrandar los sotos, pensados para que siguiesen siendo hermosos dentro de cuatro o cinco generaciones, para que en el paisaje queden símbolos permanentes de aquella parte de nuestra identidad que nos mantiene unidos a la tierra.

*Escritor



“También él, cuando se casó, cortó las ramas gruesas del chopo para construirse un techo, y el día que le nació el primer hijo dejó crecer tres ramones para que, quince o veinte años después, el vástago pudiera talar las vigas de su propia casa”

Juez suspendido

ANTONIO NADAL

A l juez titular del Juzgado de Primera Instancia e Instrucción de Soria número dos lo han suspendido provisionalmente durante seis meses por no dictar sentencias. No dictar sentencias es lo mismo que no trabajar o que su trabajo no dé resultados. Este juez ya tenía antecedentes por el mismo motivo, en concreto en Teruel, en cuyo Juzgado de lo Social dejó pendientes de resolución más de 300 casos en los tres años que ejerció, y entonces fue suspendido por un año de sueldo y empleo. Es evidente que no escarmentó, que su falta de diligencia es mayor que su sentido de la responsabilidad. La palabra trabajo no va con él. Ahora ha tenido más suerte, pues cobrará el sueldo base durante esos seis meses fuera del juzgado, que no de inactividad porque ya la practicaba. El sueldo base de un juez no es una minucia. El sueldo base de un juez recién salido de la Escuela Judicial y en el peor destino es de

1.500 euros, que no será el caso de este hombre. Con ese sueldo base puede vivir decentemente un señor al que no le gusta trabajar o no sirve para ese puesto, que al fin y al cabo es lo mismo. Muchos españoles trabajan intensamente ocho horas para no ganar esa cantidad. Si lo que pretende es un mejor destino que el de Teruel o Soria no es su método de acumular casos pendientes el mejor método para hacer méritos y aspirar a destinos mejores. Su postura de pobre eficacia más bien parece una postura de protesta, de no trabajar porque no le gusta el lugar. Cuando un empleado cualquiera no trabaja se le despide sin más contemplaciones, si es un juez el que no trabaja se le paga el salario base y se le manda temporalmente a casa. Si se le paga por no trabajar, escarmentará menos. Eric Hoffer, escritor y filósofo estadounidense, dijo que el mayor cansancio proviene del trabajo no realizado, así que ese juez debe de ser un hombre excesivamente cansado.

De camino

VALENTÍN VILLAGRASA

Camino a medias

E l Camino de Santiago se hace de muchas maneras. De un tirón como este escribidor. Por tramos, según los días de vacaciones. Desde Sarria en Lugo donde te dan el jubileo y hasta dónde puedes, como la señora de Madrid que tuvo que abandonar por la vía de las ampollas, así una multiplicidad de versiones de las que te vas enterando etapa a etapa. La de hoy es de esas que se andan según la modalidad de camino que hayas escogido. Los del tirón vamos de Los Arcos a Viana, unos 18 kilómetros y medio por aquello de que quedan unos 650 hasta Santiago y hay que dosificar que la edad no perdona. Los que acaban vacaciones llegan hasta Logroño, diez kilómetros más porque allí es más fácil encontrar autobús hasta su destino. Como unos de Gilet en Valencia que ven cómo se les acaba el camino por vía laboral. Menos mal que quedan las tres coreanas en busca de una frutería donde paliar los efectos de su primer “gintonic” en España. Pero eso historia de ayer que se la contaré mañana.